

ser la revolución cultural venidera; trata incluso de mostrar las presuposiciones económicas de aquélla, pero su programa de transformación social no se encarna en una política y en una estrategia. Las páginas que consagra a la creación necesaria de una nueva Liga de los Comunistas (*Bund der Kommunisten*) son muy flojas y alusivas en cuanto a las tareas que deberían ser atribuidas a esta nueva organización. Igualmente, en vano se buscan precisiones sobre lo que podrían ser los medios de acción de los nuevos comunistas y de los trabajadores (no hay un análisis de los precedentes polacos de los años setenta). Todo pasa como si el autodesarrollo de la conciencia excedentaria debiera enfrentar todos los problemas, asegurar la superación de los intereses de emancipación sin que sea necesario interrogarse sobre sus condiciones de aparición y de afirmación en las confrontaciones cotidianas de los trabajadores con la democracia.

En suma, la lucha política de las clases y el cuestionamiento concreto del sistema estatal del "socialismo real" son los grandes ausentes en el libro de Rudolf Bahro. Eso explica en particular que la revolución anti-burocrática sólo esté tomada como una revolución cultural y que esté ampliamente desligada de sus implicaciones internacionales (la relación de competencia-complicidad de la burocracia con la burguesía a escala mundial). Desde este punto de vista, es claro que Bahro, a pesar de la excelencia de ciertos análisis y descripciones, no logra alcanzar la meta que se fijó: demostrar las contradicciones del "socialismo real" y desarrollarlas en toda su amplitud.

Eso, sin embargo, no condena la obra de Bahro; es una obra pionera y sus errores son más fructíferos que todas las afirmaciones dogmáticas pe-

rentorias que se oyen desde hace una decena de años, particularmente las frágiles tesis inspiradas por los comunistas chinos sobre la restauración del capitalismo en la URSS y en las democracias populares. Después de Bahro ya no se podrá escribir sobre el "socialismo real" como antes; sobre todo ya no se podrá seguir ignorando el problema de las contradicciones reales de las relaciones sociales en los países del Este y contentando con una actitud de fascinación mórbida frente al desastre del *goulag*.^{*} Rudolf Bahro nos muestra, al contrario, que piensa el "socialismo real" como un mundo históricamente circunscrito llamado a transformarse en relación con las fuerzas y aspiraciones que suscita.

Bernard Chavance: *¿Existe realmente una alternativa?**

La importancia de Bahro consiste ante todo en el hecho de que su libro es un extraordinario revelador de contradicciones.

Primero, las del "socialismo realmente existente", cuyo análisis es uno de los más amplios y sistemáticos que hayan sido producidos hasta ahora "desde el interior".

Contradicciones, igualmente, de la crítica de Bahro mismo y de las perspectivas que traza. Eso rebasa al hombre y al país en la medida en que su trabajo es, en cierta forma, la síntesis de reflexiones nacidas de movimientos de oposición en los países del Este y también de ideas surgidas en los países occidentales.

Contradicciones, en fin, de las diversas corrientes políticas o teóricas,

* Referencia a los escritos de Solyenitzin. [E.]

** Texto publicado en *Les Temps Modernes*, noviembre de 1980.

críticas referentes a los países socialistas, donde el recibimiento en general entusiasta de *La alternativa* encubre apreciaciones a menudo muy divergentes sobre la naturaleza de estas sociedades, las oposiciones que en ellas se manifiestan, sobre el marxismo, etcétera, apreciaciones que se encuentran fortalecidas por uno u otro aspecto del libro.

Los aspectos innovadores de la reflexión de Bahro han sido subrayados, con razón, en numerosos comentarios. No se trata aquí de menospreciar esta importante dimensión de *La alternativa* sino de indicar que está frecuentemente contrabalanceada, en el seno mismo del análisis, por otras tesis o acercamientos. Indicaré solamente algunos ejemplos.

El acento puesto por Bahro en la importancia de una reflexión *teórica* sobre la situación en los países socialistas y en una perspectiva alternativa, su intento de síntesis que integre diversos aspectos de la realidad social, constituyen incuestionablemente una aportación de su libro y le confieren una gran parte de su fuerza e impacto. Contrasta, en efecto, con el carácter empírico o parcial de la mayoría de los análisis conocidos; se destaca por la amplitud de su visión. Se puede notar, sin embargo, que si la síntesis realizada es original, la mayoría de las tesis particulares lo son menos (veremos algunos ejemplos de eso más adelante), y que la concepción general contiene importantes incoherencias cuya fuente última se encuentra tal vez en el proyecto político de Bahro mismo.

En su relación a Marx y a los marxistas, el teórico de Alemania Oriental sabe frecuentemente mostrarse crítico y toma sus distancias sin ambigüedad. Lo vemos en su crítica del obrerismo, o del eurocentrismo, cuando da la razón a Bakunin contra

Marx respecto del peligro del poder dictatorial de una minoría instruida, etcétera. Al mismo tiempo, el lector se ve sorprendido por la presencia de un dogmatismo marxista insistente (tanto más cuanto se trata frecuentemente del marxismo estaliniano), como en los pasajes sobre "la vía de desarrollo no capitalista", en el evolucionismo más sutil (porque no ve al socialismo como inmediatamente consecutivo del capitalismo) implicado por la noción de "protosocialismo", en el socialismo de Estado que penetra a pesar de toda la visión de la alternativa, etcétera. Es cierto que, respecto de ciertos puntos, Bahro enriquece o corrige las perspectivas de los marxismos dominantes, subrayando, por ejemplo, el carácter no neutral de la tecnología, criticando la concepción tradicional del progreso por la idea de la posibilidad de un "progreso enajenado", mostrando que, sin transformación de la estructura de la producción y de las necesidades, las fuerzas productivas serán siempre insuficientes para pasar al comunismo. En este sentido, va al encuentro, en este sector, de importantes corrientes de la izquierda revolucionaria occidental desde 1968, en particular de las que tuvieron la influencia de la revolución cultural china.

Sin duda la aportación primordial de Bahro consiste en las direcciones que traza a su "estrategia de alternativa" y en las medidas concretas que plantea en este sentido. Como programa inmediato, indica la supresión de las ventajas y de la corrupción burocráticas, la abolición de la norma de rendimiento y del salario por piezas, la participación de todos en un trabajo de ejecución sencilla (de cuatro a seis semanas al año), la reducción del abanico de los salarios. Finalmente, plantea que debe realizarse una socialización de las activi-

dades de dirección en la sociedad y también la participación de todos en tareas manuales, lo que supone un sistema de alternancia en el trabajo; también debe asegurarse a todos una formación generalizada de nivel universitario en los diversos sectores del conocimiento. La "revolución cultural" debe buscar, ante todo, el desarrollo de la personalidad como meta de la producción, lo que implica una redefinición de las necesidades en bienes materiales y tomar en cuenta las consecuencias ecológicas y otras de la producción. Hay que tratar de establecer cálculos económicos en relación directa con el tiempo de trabajo. En fin, la comunicación social debe organizarse en el marco de grupos relativamente autónomos; Bahro alcanza aquí explícitamente la perspectiva marxiana de la sociedad comunista como "asociación de comunas". Vemos el carácter relativamente radical de esta alternativa, tanto más cuanto Bahro muestra de manera convincente que las condiciones materiales concretas de tales transformaciones existen y de ahí la posibilidad efectiva de su puesta en obra.

A pesar de todo, el lector de Bahro no puede dejar de sorprenderse del importante desnivel entre este proyecto de transformación social y el análisis de la estructura del "socialismo realmente existente", como de las fuerzas motrices que llevan la alternativa. Tal desnivel es, quizá, el índice de una cierta coherencia del proyecto de conjunto, pero distinta de la que a menudo se quiso rescatar.

Hay que recordar brevemente las tesis fundamentales del socialismo de tipo soviético desde la época estaliniana, que dominan aún hoy en los países a los cuales se refiere Bahro. La idea esencial es que se trata de sociedades *no capitalistas*, y sobre esta base es-

tán además calificadas como *socialistas*. La categoría central de tales sistemas es la "propiedad socialista". fuente de homogeneidad y de unidad sociales. El carácter socialista de la formación social deriva de la naturaleza del *Estado* (es decir, de la esfera política), de la dominación de su *propiedad* (y por lo tanto de la esfera jurídica), y de la existencia de su *planificación* (dicho de otra manera, de la acción de lo político-jurídico sobre lo económico). El Estado "socialista" aparece como personificación de la conciencia y de la voluntad de la colectividad unificada, como sujeto y organizador del desarrollo social. Eventuales defectos o disfuncionamientos en el sistema no se presentan como la expresión de contradicciones estructurales profundas sino como efectos de una mala adaptación o de retrasos superestructurales frente a una base económica y social potencialmente —si no efectivamente— portadora de emancipación y de racionalidad.

Es sorprendente constatar que un gran número de críticos al "socialismo realmente existente" se desenvuelven de hecho en el marco mismo de este sistema del socialismo de Estado soviético, sin cuestionar radicalmente los fundamentos de aquél. Es frecuente encontrar posiciones críticas que se sitúan sobre el *terreno* mismo de este socialismo.

Rudolf Bahro no escapa a tales límites, a pesar de que el lado radical de su crítica sea obvio, como lo confirman la represión y el encarcelamiento de los cuales fue víctima. Esto es lo que trataré de indicar en lo que sigue, a través de algunos ejemplos, de ninguna manera exhaustivos, pero, sin embargo, significativos desde mi punto de vista.

¿Una sociedad dominada por lo político?

Las representaciones más comunes admiten implícita o explícitamente un carácter determinante de la instancia política en el socialismo realmente existente. La interpretación apologética ya ha sido evocada: en el marxismo soviético, el carácter político supuesto del Estado determina, *de hecho*, el carácter económico de la sociedad a través de la mediación del sistema de propiedad. El mantenimiento de la referencia dogmática a la tesis de la determinación de la superestructura por la base económica lleva a un razonamiento circular,¹ pero aquí no está la cuestión. En las interpretaciones críticas se encuentra más bien la idea de que la forma burocrática del Estado entorpece las potencialidades económicas del sistema social, cuya naturaleza no capitalista deriva de la supresión de la "propiedad privada". Así es como Trotski declara en 1936 que el carácter de la economía en su conjunto depende del carácter del poder de Estado.² De igual modo en el maoísmo de la Revolución Cultural, lo político y lo ideológico —y no solamente el "sistema de propiedad"— confieren a lo económico su contenido, de ahí la idea de una "restauración del capitalismo" en la URSS después del XX Congreso de 1956 y la tesis de la continuación de la lucha de clases en el "socialismo" identificado con la transición.³ La expresión sobresaliente de una tesis análoga está dada por Hilferding en su definición de la "economía de Estado totalitario", de la cual provienen, según él, los sistemas fascistas y el sistema soviético: no existen más capitalistas porque la propiedad privada ha sido abolida (en el caso de la URSS); las categorías de precio y de salario están transformadas, sólo subsiste su forma; "es una sociedad donde

la política, es decir el Estado, juega un papel determinante y decisivo", "lo económico está determinado por lo político, dirigido por él y subordinado a sus metas".⁴

Esta forma de abordar el problema fracasa al criticar la apariencia según la cual el Estado propietario y planificador "domina" o "controla" la economía, o la podría controlar; tiende a limitarse a la crítica del carácter (burocrático, totalitario, despótico, etcétera) de este Estado; no percibe más que la constitución política de la clase (o capa) dominante como tal, en el partido y en el Estado, cuya forma es indiscutiblemente específica, e ignora o menosprecia gravemente su articulación con las relaciones económicas. La crítica se desarrolla entonces sobre la base de las formas de representaciones inherentes a tal sistema, sin una crítica verdadera de estas formas mismas.

Según Bahro, "la economía del socialismo realmente existente, tiene una relación con la política completamente distinta a la del capitalismo. Su economía ha de ser desarrollada a partir de la 'política', concretamente a partir de sus fuentes en las relaciones de poder y dominación en el proceso de trabajo" (A 440).⁵

¹ El modo de producción es socialista porque domina la propiedad del Estado socialista, el Estado es socialista porque constituye la superestructura de una base económica socialista. Sobre este punto véase B. Chavance, *Le capital socialiste*, Le Sycomore, París, 1980.

² En *La revolución traicionada*, Juan Pablos, México, 1979.

³ Cfr. B. Fabregues, "Questions sur la théorie du socialisme", *Communisme* núm. 31-32, nov. 1977/feb. 1978.

⁴ R. Hilferding, "Capitalisme d'Etat ou économie d'Etat totalitaire" (1940) en *La Revue Internationale*, núm. 18, octubre de 1947.

⁵ Las citas serán hechas con los signos siguientes (seguidos con el número de la página): A, para R. Bahro, *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, Ed. Materiales, Barcelona, 1979; JCMC, para R. Bahro, *Je continuerai mon chemin*, Maspero, 1979; LM, para la entrevista con Bahro realizada por Manuel Luchert, *Le Monde*, 23 de octubre de 1979.

Se puede señalar a este propósito un cierto parentesco con la teoría general de Castoriadis sobre la "sociedad burocrática" contemporánea, que incluye, según este autor, capitalismo y socialismo.⁶ Su reacción contra los marxismos que pretenden deducir todo de las relaciones "económicas" —en los hechos del pretendido "sistema de propiedad"— está por cierto justificada; está menos justificado el hecho de menospreciar la pertinencia siempre efectiva de la relación económica profunda, la *relación-capital*, bajo sus formas múltiples y diversificadas, y considerar, antes que nada, a la sociedad bajo el ángulo de las relaciones de poder, de las relaciones jerárquicas, de la oposición dirigentes-dirigidos, en lo cual se tiende a perder de vista los orígenes, las interacciones y las mediaciones con otras relaciones, etcétera.

Para Bahro, la estratificación social es el producto de la sujeción de los individuos, "la explotación es entre nosotros un fenómeno *político*, un fenómeno relacionado con el reparto del poder político" (A 113). La esencia de la dominación burocrática, reside en el poder discrecional sobre el sistema nervioso de la sociedad, sobre la jerarquía del tratamiento de las informaciones: "A través de esta mediación se apropia la corporación de los funcionarios de la riqueza social" (A 348). Esta inclinación a reducir la explotación a una consecuencia inmediata de la opresión política, que ignora por lo tanto la cuestión, decisiva para las sociedades donde domina la propiedad estatal, de los efectos, de ninguna manera desdeñables, de una forma particular de opresión,⁷ lleva a Bahro a la idea de un "despotismo económico" o "despotismo industrial", por analogía con el despotismo

agrario del modo de producción asiático (A 101 y ss.).

Las ambigüedades y contradicciones de Bahro en cuanto a la articulación de los cambios políticos, ideológicos y económicos que defiende, derivan de su tesis sobre la dominación de lo político —al menos que sean la causa de ésta. Eso explica tal vez que se puedan reconocer en su análisis tanto corrientes reformistas occidentales que ante todo continuaron el llamado a cambios políticos, como corrientes más radicales, sobre todo sensibles a la transformación de las relaciones de producción. Por una parte, Bahro declara, por ejemplo, que "una revolución *política* no basta, porque suprimir las causas de la subalternidad y de la enajenación implica una alternativa *económica* radical" (JCMC 117); subraya el "enraizamiento de la enajenación en la propia división del trabajo" (A 164); "la sobreestructura política se ha *atrincherado* en el círculo infernal de la antigua división del trabajo, cuya expresión concentrada representa" (A 175). Por otra parte, el punto de vista dominante parece ser el siguiente: existe un "fundamento socialista que necesita una superestructura política renovada y sobre todo un sustrato ideológico" (JCMC 13). "Lo que falta, es sólo una nueva formulación del poder político, un poder político que tuviera voluntad y que fuera capaz de crear el consenso ideológico y el marco organizativo para la revolución cultural" (A 314).

⁶ C. Castoriadis, *La société bureaucratique*, Ed. 10/18, 1973, 2 vols.; véase del mismo autor, "Le régime social de la Russie", *Esprit*, núms. 7/8, julio-agosto, 1978.

⁷ Esquemáticamente, el problema es el de la correlación entre la unicidad de la propiedad estatal del capital y el sistema del partido único. Correlación que se constata prácticamente en todos los "socialismos realmente existentes".

¿Una sociedad no capitalista?

Si bien Bahro considera que deben ser modificadas importantes estructuras económicas, repite sin ambigüedad que lo esencial debe ser conservado: "Era y sigo siendo resueltamente partidario de la base no capitalista de la República Democrática Alemana" (JCMC 13); hay que trazar "una clara línea de demarcación entre nuestra lealtad frente a la base no capitalista y una lealtad frente a la superestructura rebasada" (JCMC 139); *La alternativa* comparte entonces con la ideología oficial el dogma del carácter no capitalista y progresista del sistema social; la divergencia recae en la negación de la caracterización de "socialismo": se trata de un monopolismo de Estado, de un despotismo industrial, de un protosocialismo.

No puede dejar de sorprendernos el parentesco entre el tema de la "vía de desarrollo no capitalista" (A, primera parte) y las concepciones de los ideólogos soviéticos en este sector, a partir de los años sesenta. Según ellos, tal vía implica dos componentes: 1] Un desarrollo del sector estatal en la economía, y 2] Una ligazón privilegiada con "el sistema socialista mundial". Sobre este punto Bahro es poco crítico y claramente evolucionista y determinista en el camino que traza al Tercer Mundo. Incluso se puede notar que la mezcla de determinismo economista para las sociedades no desarrolladas y de voluntarismo para las sociedades desarrolladas es un rasgo de la ideología estaliniana que se encuentra otra vez, en cierta manera, en esta parte de *La alternativa*. El autor se refiere a China, pero sobre todo, según parece, a propósito de la crítica de Mao a Kruschchev (cfr. JCMC), y parece ignorar hasta qué punto el intento maoísta y la experiencia de industrialización li-

gada a éste llevan a cuestionar el esquema simplificado del marxismo evolucionista, del cual se revela aquí partidario. Así, se ve conducido a justificar prácticamente la colectivización soviética (A 116) al igual que la necesidad de un Estado despótico y modernizador (A 109 y ss., 120 y ss.), etcétera.

Las debilidades de la crítica de Bahro a la tesis del capitalismo de Estado son patentes.⁸ En consecuencia, su preocupación principal, no hacer la apología del sistema, cae en contradicciones constantes. No trata de *demostrar* verdaderamente la naturaleza no capitalista del sistema; eso parece para él una evidencia: la propiedad de Estado "supone una relación de producción *sui generis*" (A 278), que tiende a volverse antagónica. La producción no tiene por meta una *ganancia* del Estado; no hay plusvalía sino excedente de producto; el plan está regulado en cantidades físicas; "el Estado es entre nosotros el burgués *colectivo*, sólo en un plano secundario, en su calidad de empleador de la sociedad" (A 113). Al mismo tiempo, Bahro habla del capital estatal (A 193), del Estado como capitalista general (A 219), del sistema de remuneración análogo al capitalismo (A 455); de la situación de *proletarios* de las masas trabajadoras (A 278); no sólo reconoce la presencia de la producción mercantil y del dinero sino también del trabajo asalariado (A 43). Al respecto, declara también de manera pertinente: "El salario no es sino el precio que paga el Estado propietario por la mercancía fuerza de trabajo" y subraya con una perspicacia extraña entre los cri-

⁸ El hecho de que las teorías del capitalismo de Estado sean diversificadas, divergentes y con frecuencia extremadamente discutibles, es otro problema que dejo de lado en el caso presente.

ticos, que hay un verdadero salto ideológico peligroso en el hecho de “reconocer” —como es el caso para las tesis oficiales— “la naturaleza mercantil de los productos en el socialismo realmente existente y acto seguido negar la naturaleza de mercancía de la fuerza de trabajo asociada a ellos[...]” (A 237). No podemos más que interrogarnos, en estas condiciones, sobre la seguridad que muestra el autor en su negativa de la tesis del capitalismo de Estado...

El argumento esencial para negar el carácter capitalista del sistema parece, de hecho, consistir en la ausencia de “capitalistas” como consecuencia de la supresión de la “propiedad privada”. “Junto con la burguesía, también el proletariado pierde su identidad económico-social específica de tal manera que en la situación posrevolucionaria sólo pueden adquirir relevancia criterios estructurales internos completamente diferentes” (A 213). Tal planteamiento reduce, de hecho, al capitalista a la condición de propietario del capital e ignora su función de agente de la valorización y dirigente del proceso de producción; en suma, su carácter de *funcionario* del capital. Esto es casi tan discutible como el hecho de que el capitalismo contemporáneo tiende a escindir cada vez más el *capital-propiedad* del *capital-función*, dos determinaciones cuyos portadores son cada vez más distintos, a pesar de permanecer unidos en el seno del *capital en general*. Un sistema de propiedad estatal hace del Estado el único portador jurídico del capital-propiedad, mientras que todos los funcionarios del capital son en lo sucesivo no propietarios individualmente. Estos agentes del capital son, de hecho, poseedores del capital social, pero únicamente en tanto clase, a través de la mediación del Estado. Esta es

la causa de la aparente desaparición del sistema capitalista; pero lo que desaparece en realidad es la visión superficial de este sistema como fundado sobre la “propiedad privada” de individuos singulares. Esta ilusión, cuyo impacto y fuerza son extraordinarios, se encuentra teorizada de manera apologética en la “economía política del socialismo” y también, de manera crítica, por los partidarios de la tesis del “tercer modo de producción”, ni capitalista ni socialista, de la cual Bahro es un representante eminente.⁹

El punto de vista de la unidad social

Es, sin duda, en esta cuestión donde el carácter contradictorio del análisis de *La alternativa* es más visible. No hay que olvidar que la tesis de la unidad y de la homogeneidad sociales constituye un dogma fundamental del socialismo de tipo soviético.

La crítica de Bahro respecto a la función del concepto de “proletariado” en los marxismos es en general legítima. Apunta justamente que la “misión *histórico-universal* del proletariado ha sido postulada por Marx y Engels antes de haber analizado con detalle las leyes del modo de producción capitalista” (A 228) y que “el proletariado como sujeto colectivo de la emancipación universal es una hipótesis filosófica en la que se concentró el componente utópico del marxismo” (A 228).¹⁰

⁹ Véase B. Chavance, “Capitalistes et propriété d'Etat”, Intervención en el coloquio del *Manifesto* (Milán, enero de 1979) sobre las sociedades posrevolucionarias, a aparecer en Ediciones Biompiani; igualmente C. Bettelheim y B. Chavance, “Le stalinisme en tant que idéologie du capitalisme d'Etat”, *Les Temps Modernes*, núm. 394, mayo de 1979.

¹⁰ Esta denuncia del sujeto proletario irritó mucho a Ernest Mandel, lo que no le impidió calificar *La alternativa* como “la obra teórica más importante que nos haya llegado de los países donde el capitalismo ha sido abolido desde *La revolución traicionada* de León Trotski (E. Mandel, *Critique de l'eurocommunisme*, Maspero, 1978).

Pero en lugar de analizar más profundamente los problemas que origina su crítica (sobre las relaciones de la clase obrera con la sociedad capitalista, sobre las fuerzas sociales susceptibles de ser portadoras de un cambio social profundo, etcétera), Bahro desarrolla una posición bastante confusa y completamente discutible.

Para el teórico de Alemania Oriental, "los conceptos tradicionales acerca de las clases han quedado superados por el desarrollo estructural de las fuerzas productivas" (A 231). El "concepto de clase obrera" perdió toda pertinencia; "...lo característico de nuestra sociedad no es ya una división 'horizontal' de clases, sino una sucesión 'vertical' de capas, aun cuando con gradaciones muy importantes. La relación básica se establece no entre una clase obrera y los restantes elementos de la estructura social, sino en su común igualdad frente a un tercer factor" (A 212). Éste consiste de hecho en un "aparato" abstracto cuya dominación se intenta romper. La sociedad, homogénea, aparece como sometida a este aparato que la domina. Los dirigentes mismos parecen, como individuos, completamente privados de autonomía y de poder frente al aparato.¹¹ De ahí, en particular, la tesis de la inexistencia de los capitalistas. Tal acercamiento ignora la función concreta de dominación y de explotación de estos dirigentes, la cual ejercen precisamente a través de la mediación de este aparato abstracto.

Aquí se ve que el llamamiento positivo de Bahro para luchar contra los privilegios de la intelligentsia, sus críticas a las funciones de los intelectuales en el socialismo realmente existente, a veces decisivas, se borran, se diluyen y pasan a segundo plano. Aparece la relación con su proyecto político.

El verdadero tema de la alternativa, son los portadores de la "conciencia excedentaria". Este tema "se constituye a partir de los elementos enérgicos y creativos nacidos de todas las capas y de todos los sectores de la sociedad, a partir de todos los individuos para quienes los intereses emancipadores predominan" (JCMC 103, cfr. A 377 ss.). A pesar de que se cuida de hacerlo explícitamente, Bahro tiende en los hechos a remplazar el pretendido "papel dirigente de la clase obrera" por el "papel efectivamente dirigente de los intelectuales": "Las relaciones de producción del socialismo realmente existente traban el despliegue de las fuerzas productivas subjetivas que representan, en número creciente, los cuadros superiores y técnicos de nuestras empresas" (JCMC 55). Herbert Marcuse no se equivocó sobre este punto, cuando hizo un elogio entusiasta de *La alternativa*, particularmente por haber expuesto "la idea provocadora de que, durante el período de preparación y de transición son los intelectuales quienes 'dan el tono' y dirigen la reconstrucción de la sociedad".¹²

El objetivo estratégico es la "noción de aparato": "Romper su dominación, lo que no quiere decir suprimirlo, tal es la tarea histórica. Por el contrario, las 'masas' no serán el autor de esta acción" (JCMC 96). La idea de la unidad social se articula con la visión de una oposición entre la sociedad en su conjunto y el "apa-

¹¹ "Lo que ataco resueltamente, es el residuo de lealtad frente al aparato que perjudica desde hace mucho el fundamento no capitalista de la RDA" (JCMC 46) "Nunca confundir el aparato y los individuos, aun de los que están investidos de funciones responsables. Muy frecuentemente son ellos las primeras víctimas de los errores del sistema" (JCMC 56).

¹² H. Marcuse, "Protosocialisme et capitalisme avancé", *Les Temps Modernes*, núm. 394, mayo de 1979.

rato"; de eso deriva para Bahro, una subestimación del carácter antagónico de las relaciones sociales y, por lo tanto, del antagonismo donde se encuentran los portadores de estas relaciones. Se puede notar que los ejemplos privilegiados del autor son la Checoslovaquia de 1968 (interpretada en un sentido muy particular, volveremos sobre este punto), Yugoslavia, y el eurocomunismo; mucho menos la dimensión de masa de la revolución cultural china, y menos todavía la influencia de la experiencia polaca.

La alternativa política, el partido, el Estado

La defensa sorprendente del principio del partido único en *La alternativa* ha sido señalada con frecuencia.¹³ Es menos sorprendente cuando se entiende la ligazón entre esta posición y la idea de homogeneidad social que hemos citado anteriormente.

El pluralismo de los partidos es una concepción anacrónica, ajena a la sustancia histórica real de las sociedades socialistas (A 404); el "papel dirigente del partido" corresponde "a una realidad sociológica" (JCMC 94). "Si la organización del conjunto de la sociedad se encuentra un día completamente realizada bajo la forma de un sistema estatal, ya no será necesario tener una pluralidad de partidos. A menos que se quieran tomar en cuenta ligeras diferencias y oposiciones que podrían subsistir entre los intereses particulares y los generales —aun si estos últimos son todavía enajenados en un primer tiempo" (JCMC 110). A pesar de la separación futura del partido y del Estado, que reivindica Bahro bajo la influencia yugoslava, vemos aquí la ligazón estrecha que existe entre la tendencia a ver al Estado como representante de la sociedad unificada y la defensa del partido único.

La misión del partido único es "hacer avanzar en esta dirección a la homogeneidad social, es decir, ante todo, desmontar la vieja división del trabajo y con ella las premisas del Estado, del síndrome burocrático estatista" (A 411).

Mejor, "el partido es la instancia que pone entre paréntesis los diferentes intereses de capa y de grupo en lo que supone disimilitudes, al destacar de continuo el punto de vista de la síntesis superior" (A 419). Obviamente el partido ha tomado aquí el lugar del Estado considerado en los términos más clásicos. Esto plantea un problema que Bahro considera como una necesidad, por lo menos en los primeros años de transformación del sistema, de que el partido revolucionario se identifique con el Estado y con las instituciones nuevas (A 408).

Las cosas se aclaran cada vez más cuando se sabe que el autor de *La alternativa* apuesta ante todo a la emergencia de un nuevo partido en el seno del partido único dominante, posición que parece haberse acentuado desde la redacción de su libro. Mientras que en éste la cuestión parecería estar a la expectativa de si la nueva "Liga de los Comunistas" se "forme como un nuevo partido junto al viejo o que aparezca en forma del viejo partido renovado" [...] (A 400). Bahro ha insistido desde esta fecha en el hecho de que la obra "se dirige obviamente en buena parte a los miembros semileales del Partido" (JCMC 45), y ha subrayado con fuerza que su libro "ha sido recibido con simpatía por gente colocada muy arriba en el aparato" (LM).

¹³ Bahro precisó (LM) que eso vale para los países del socialismo realmente existente, y no para las sociedades occidentales.

La lección sacada de la experiencia checoslovaca en 1968 es sobre todo la siguiente: un partido nuevo, "debajo de la dura piel del viejo partido [...] habrá esperado a su alumbramiento", lo que se volverá a producir en otras partes (A 288). En 1968 existían dos tendencias: la representada por el programa de acción del Partido Comunista Checoslovaco, que abría "la consolidación de un nuevo tipo de hegemonía ideológica en una perspectiva comunista", es decir, hacia la "revolución cultural", y la del "radicalismo político superficial e impaciente que se manifestó en diversos documentos [...] en las pantallas de televisión, en la cultura, en el aparato de Estado, en los sillones de dirección de la economía" (A 355).

Por otra parte, lo que hay que desear al pueblo soviético es que "en Moscú se instale cuanto antes una dirección capaz de iniciar un proceso acelerado y coordinado de reforma que le ahorre una rebelión espontánea y destructiva [...]" (A 388).

Se puede observar a este propósito que Bahro excluye prácticamente de su reflexión el problema de la violencia, reivindicando una revolución cultural como "revolución esencialmente no violenta" (JCMC 78); sin embargo, es difícil ignorar las cuestiones que origina la intervención soviética en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968, o la represión de las manifestaciones obreras en Polonia más recientemente.

Las numerosas referencias, muy elogiosas, de Bahro al "eurocomunismo", son igualmente significativas. El interés del "compromiso histórico" reside en que tiende a hacer de un partido y de su organización de masa, "presente en todas las capas sociales como representante general de un nuevo orden" (A 300). En Francia y en Italia los partidos comunistas

buscan con razón conquistar la máquina de Estado en lugar de destruirla: en efecto "la sociedad no se puede permitir la destrucción de su aparato sin desorganizar su propio proceso de producción. Pues esta máquina actúa como organizador de las fuerzas productivas que brotan del capitalismo" (A 158). El Estado debe ser *abolido* pero eso significa solamente que "trabaje bajo la hegemonía ideológica de un movimiento comunista organizado [...]" (A 159). Se desvanece aquí, atrás de los viejos dogmas del socialismo de Estado, la utopía concreta y radical de una sociedad emancipada concebida como asociaciones de comunas. Herbert Marcuse aprueba por otra parte la idea de un Estado "pedagogo" encargado de modernizar la sociedad.¹⁴

En fin, se debe subrayar la subestimación profunda que hace *La alternativa* de la cuestión de las formas institucionales de la democracia política (así como de las relaciones democráticas en la "Liga"). Sobre este punto también la ruptura con los marxismos tradicionales, leninista y estaliniano, es muy limitada. De ahí la insistencia de Bahro en la subjetividad revolucionaria de los activistas de la alternativa, en su integridad individual. Pero eso no constituiría una garantía contra la constitución de una capa privilegiada formada por estos nuevos revolucionarios íntegros. La transformación del sistema se basa finalmente en una "élite democrática", como lo subraya Marcuse con admiración,¹⁵ pero eso se parece mucho a una contradicción en los términos.

En definitiva, *La alternativa* aparece ante todo como un proyecto de reforma de la sociedad por arriba

¹⁴ H. Marcuse, "Protosocialisme...", art. cit.

¹⁵ *Idem.*

que contradice ciertas tesis del autor sobre la naturaleza de las contradicciones del socialismo realmente existente (división del trabajo, subalterinidad, etcétera). Bahro tiende de hecho a reducir la resolución de las oposiciones internas a la sociedad a la de los conflictos en el seno del grupo social dominante. Lejos de ser una crítica marxista radical del socialismo realmente existente, como lo afirmaron la mayoría de los comentaristas que lo recibieron con entusiasmo, *La alternativa* revela los atoladeros de los marxistas dominantes y sobre todo del sector en el cual se mueven.

Leopoldo Mármora: *El concepto de modernización en La alternativa, su importancia para el Tercer Mundo.*

De los primeros análisis de la obra de Rudolf Bahro en lengua hispana se destaca por su mayor profundización la de José Rojas en *Zona Abierta*, núm. 24.¹ José Rojas comenta la aparición del libro de Bahro con gran entusiasmo y, bastante acriticamente, lo ubica por analogía al lado de *El capital* de Marx, como un libro destinado a "hacer historia".

Si bien en su mayoría las tesis de Bahro ya habían sido formuladas antes,² José Rojas comenta (p. 149):

[...] lo excepcional de la obra de Bahro está justamente en presentar ese conjunto de ideas y análisis en una forma compacta, en una totalidad que reordena las partes y las hace aparecer con una nueva función, incluso con un nuevo significado.

En la historia del marxismo, Bahro representa una verdadera alternativa, una ruptura profunda y, por consiguiente, la apertura de un nuevo horizonte teórico.

Su obra representa una verdadera revolución teórica en el seno del movimiento comunista.

Un análisis mucho más crítico es el de Alberto Rocha en el número de febrero de *Sociedad y política*.³ Una de las razones es que se trata de una reseña hecha desde la perspectiva de un país subdesarrollado. Lamentablemente Alberto Rocha no profundiza lo suficiente su crítica limitándose a reseñar el trabajo, con lo cual no se pone a la altura real del impacto que *La alternativa* va a representar para la teoría marxista también en el Tercer Mundo. Precisamente porque somos conscientes de la importancia del aporte de Bahro vamos a señalar algunas serias limitaciones de la aplicación de su "alternativa" a los problemas del marxismo en el Tercer Mundo, en especial a América Latina.

Tomaremos sólo un elemento de su análisis, aunque uno de los centrales: la teoría de la modernización expuesta en la primera parte de su libro bajo el título "el fenómeno de la vía no capitalista hacia lo sociedad industrial".

A su juicio, por detrás del proceso revolucionario en Rusia, emergía como fuerza motriz la tarea histórica de "modernizar" las fuerzas productivas de la sociedad. Dado que ningún otro grupo social o político se reveló en condiciones de asumir esta tarea, el poder recayó en los bolcheviques. Ya que no había una burguesía a la altura de esta tarea, los bolcheviques

¹ José Rojas, "Marx después de Bahro", en *Zona Abierta*, núm. 24, marzo-abril de 1980, Madrid.

² José Rojas menciona a B. Rizzi, Djilas, Burnham, Kuron, Modzelewski, Castoriadis, Korsch, Mattick, Pannekoek, Wittfogel, Marcuse, Bon-Burnier, Hegadüs, Merton, Whyte, etcétera.

³ Alberto Rocha, "Bahro: debate sobre el 'socialismo' en Europa del Este y la URSS", *Sociedad y política*, año 3, núm. 8, febrero de 1980, Lima, Perú.